

# DEL OTRO LADO DE LA ISLA

Llegaron a la isla como pudieron, algunos nadando, otros valiéndose de los remos en una pequeña lancha con el motor averiado. Horas atrás nadie hubiera podido predecir el naufragio. En un salón del barco un mago hacía emerger una asustada paloma de su sombrero de copa, en el casino, la ruleta giraba su vuelta azarosa, en la cubierta, bajo la luz de la luna, una pareja se juraba amor eterno.

Pero la ociosa rutina del placer se había interrumpido abruptamente, y el navío, tan sólido en el puerto, tan frágil en el océano, escoraba, se hundía en contados minutos. Sirenas de alarma, gritos y pánico se aunaron en un gran caos que quebró la placidez del crucero.

Atontado, tiritando de miedo y de frío, se encontró de pronto compartiendo esa embarcación con unos hombres que no conocía. Al amanecer alguien anunció el milagro: muy cerca divisaron una isla; remarón con la fuerza de la esperanza y cuando desembarcaron, como tantos lo habían hecho antes que ellos, se inclinaron para dar las gracias y tocar la tierra con sus labios.

Una vez todos reunidos, vieron que, con los que habían llegado a nado, eran diez. Exánimes, se dejaron caer sobre la playa y durmieron el sueño reparador de los naufragos. Despertaron entrada la noche e hicieron una fogata; algunos, todavía agotados, volvieron a dormirse mientras que otros, quizá maravillados por estar con vida, prefirieron permanecer despiertos. Al día siguiente, el que parecía tener más autoridad, los dividió en grupos, les asignó tareas. Todos trabajaban duro. Exploraron la isla virgen, se procuraron alimento, construyeron un refugio.

A él, como ya estaba viejo para trabajos que demandaran demasiado esfuerzo, le ordenaron hacer

rondas y vigilar, al acecho de la salvación, la línea del horizonte. Partía a media mañana, cuando la bruma se había evaporado en la luz del sol. Caminaba sobre la arena, blanca, fina. Sin testigos, se zambullía desnudo en las olas y buceaba, sumergido en ese paisaje acuoso, casi irreal. Luego descansaba bajo un cielo azul atisbado, de a ratos, entre las hojas agudas de las palmeras y regresaba al caer la tarde, después de haber observado, durante horas, la fluctuante superficie del mar.

Dos de los hombres intentaban, en vano, reparar el motor. El resto seguía con sus tareas y él con la suya, del otro lado de la isla, donde mantenía vivo un fuego, ígneo faro en la soledad.

Una tarde de niebla regresó al campamento más temprano que de costumbre. Los hombres, reunidos en un círculo cerrado, no lo oyeron aproximarse.

-Habrás que dejarlo -decía uno.

-Hay poco sitio y somos muchos -decía otro.

-Además es el más viejo -agregaba un tercero, y no le cupo duda de que estaban confabulándose contra él.

Y aunque nadie se lo dijo, adivinó por las caras y los cuchicheos, que habían logrado hacer funcionar el motor. El día que imaginó que partirían, salió a hacer la guardia como siempre. Prefería no verlos huir. Trató de distraerse del otro lado de la isla, se sumergió una vez más en el agua turquesa, indagó, con el asombro de siempre las profundidades marinas y, una vez más se tendió en la arena, maternal.

Al incorporarse, creyó que el sol le había hecho daño y que sufría una alucinación. Supuso que la nave que veía era producto de un espejismo. Se equivocaba. Era verdadera como el bote que enviaban para rescatarlo.

Cuando llegaron, le preguntaron si estaba solo, si se encontraba bien. Mintió a medias. Y mientras se alejaba de la isla, iba pensando en los hombres que lo habían traicionado, iba pensando en esa pequeña lancha, a merced de los elementos, en la inmensidad del mar. (\*)

**Martha Fowler**

4to. Año - Letras

(\*) De Cuentan. Bs. As., Metáphora, 1993.